

aparece un Van Gogh de una sensualidad atroz y de espíritu casi criminal. Ese criminal que había en él, como también había el hombre que iba a predicar y, quizá, hasta una especie de santo. Esos seres tan opuestos, Van Gogh no podía expresarlos en sus cuadros, un pintor no puede hacer eso. La literatura sí puede hacerlo. Poniéndole el ejemplo inverso: ¿cómo podría haber expresado Dostoievski el drama de los Karamazov en pintura?

Castillo: ¿En pintura? De ninguna manera. Se hubiese vuelto loco.

Sábato: Se hubiese vuelto loco. Y, al revés, si Van Gogh hubiera escrito novelas o teatro, ficciones, yo creo que se podría haber salvado. Yo no sé qué proporción había en su locura de lo que podemos llamar un elemento orgánico; pero la tensión metafísica que tenían en él ciertos problemas reventaron en su pintura. No podía ir más allá y la pintura no le bastaba.

Castillo: Es lo que hace un momento decíamos de Flaubert, que es Homais, y es Emma, y sus amantes y Charles.

Sábato: Justamente. Yo siempre he sentido muy fuertemente eso al pensar en Van Gogh.

Castillo: Esto, al mirar sus cuadros, me lleva a pensar en otro tipo de dualidad, en este caso formal. Entre el novelista y el cuentista existe, en lo exterior, una especie de antagonismo. El cuentista sería, por decirlo así, el pintor de cuadros, y el novelista sería el autor de grandes murales. Es como si la forma de sus novelas, es decir, el mural —*Sobre héroes, Abbadón*, esos textos donde da la impresión de que no le va a alcanzar un libro para decir lo que quiere decir—, en su pintura se circunscribiera a otro género, más cercano al cuento. Usted hace pintura de caballete, no escultura o mural.

Sábato: Sí, pintura de caballete. Y algunos cuadros de formato muy chico. La pintura, para mí, tiene otras posibilidades. Por ejemplo, en una pequeña naturaleza muerta de treinta centímetros por cuarenta se puede llegar a expresar un mundo. Y le hablo de grandes y célebres pintores, como Cézanne. En una naturaleza muerta de Cézanne hay todo un mundo. Hay una visión del mundo. La visión del mundo se da hasta en la letra, para ir todavía a una cosa más minúscula. Hay obras de Braque de tamaño muy reducido en las que está todo Braque: uno las mira y siente lo que era Braque. Y le doy el ejemplo de la naturaleza muerta, porque ahí ni siquiera hay rostros. En un rostro uno puede poner el patetismo, la tristeza, la soledad. Pero en una naturaleza muerta, ¿qué? Hay dos manzanas, una pera, hay una botella de vino. Y acá volvemos otra vez a lo que tantas veces hemos hablado, sobre los temas chicos. No, yo no creo que haya temas chicos. Una vez, Borges, hablando de los hermanos Dabove, me comentó una frase estupenda de Luis Dabove, un hombre de mucho talento. El vivía en algo así como Ramos Mejía, que es como si dijéramos, no sé...

Castillo: Como si dijéramos que Sábato vive en Santos Lugares, porque usted, Ernesto, me habla como si viviera en el corazón de la City.

Sábato: Un día, Borges le dijo: «Pero Dabove, por qué no sale un poco.» Y Dabove le contestó: «No, para qué, yo me siento muy bien. Viviendo en Ramos Mejía puedo tener una visión muy buena de la realidad.» Había un gran escritor que decía algo parecido. Pero volviendo al tema del tamaño: es un desafío también. Y un desafío muy interesante.

Castillo: Habría que ver, además, qué se entiende por tamaño. Ya Poe vio el malentendido de relacionar el mero tamaño físico y la importancia que pueda tener una obra. Hay

una frase de Tolstoy que suelen citar, entendiéndola mal, ciertos escritores mínimos: «Pinta tu aldea y serás universal...»

Sábado: Ahí está, esa es la frase que yo trataba de recordar cuando le dije que otro escritor había dicho algo parecido a lo de Ramos Mejía. Era Tolstoy.

Castillo: Lo que hay que sentir es la idea que tenía Tolstoy de lo que es una aldea. Porque Tolstoy escribe *Guerra y Paz*. Una aldea y el mundo eran lo mismo para él. Y cuando un gran pintor pinta un florero no está pintando un florero, como cuando Van Gogh pinta un árbol no está pintando ese árbol.

Sábado: Con el *pretexto* de un árbol, o de una botella de vino, o de un candelabro sobre una silla, lo que está pintando es toda su soledad, toda su angustia: todo un modo de sentir la existencia. Por eso mismo no hay temas chicos y grandes. Hay artistas chicos y artistas grandes. Usted mencionó a Tolstoy y señaló *La Guerra y la Paz*, que es un gran mural, por decirlo así. Pero fijese en las obras de teatro de Chejov. Esa cosa tan intrascendente en apariencia, un viejito que lee el diario y dice: «Vieron, acá hay una explosión en Alaska...», y al mismo tiempo, más allá, en la soledad de un hombre o una pareja. Y ahí, en ese ámbito cerrado, y además en un escenario de cuatro metros por cinco, entre tres paredes mágicas, él va desarrollando la tragedia del hombre, la tragedia de la existencia humana. No se necesitan grandes temas. La guerra es un gran tema, sí, pero para tomar la guerra hay que tener agallas, dicho sea de paso. Para tomar la guerra en serio, como Tolstoy. Pero se puede tomar un tema casi trivial, muy modesto.

Castillo: Chejov decía, a propósito de esto, algo que lo pinta entero. El estaba en desacuerdo con los temas demasiado grandes de Shakespeare. Lo admiraba, por supuesto...

Sábado: Perdón, entre paréntesis: cuidado con caer en la falacia de creer que porque un creador toma un tema grande es un grandilocuente.

Castillo: Por supuesto. Chejov decía que en el mundo real la gente no se anda asesinando todo el tiempo, ni se ahorca ni hace declaraciones de amor a cada momento. Lo que más hace es comer, dormir y decir pavadas. Claro que escribe *La gaviota* o escribe *Tío Vania*, o escribe *El jardín de los cerezos*. Que en realidad son temas atroces. A veces hay más puntos suspensivos que palabras en los dramas de Chejov, pero ahí, en lo que no se dice, está el sentido. Por eso Tolstoy lo admiraba tanto. Tolstoy no se explicaba cómo hacía Chejov para armar esos mundos con tan pocos elementos.

Sábado: Claro que sí, pero claro que sí. Pero también hay que decir que en la frase de Chejov, que es muy divertida... eso de que la gente lo que más hace es comer, dormir y decir pavadas... Es divertida, pero no es cierta. La gente también mata y hace la guerra todo el tiempo. Lo que pasa es que hay una tentación, sobre todo en los principiantes que le muestran sus cosas a uno. A usted le habrán traído cuentos, poemas... hay una tentación de tomar temas muy grandiosos, con los que terminan haciendo una ridiculez. Eso no significa que los grandes temas sean inapropiados. Toda la tragedia griega son temas grandiosos. Lo que habría que decir es que no siempre con un tema grandioso se hace una gran obra. Y también habría que decir que no siempre se hacen grandes obras con temas pequeños.

Castillo: Un gran artista es el que puede manejar de algún modo las dos cuerdas. Pasa lo mismo con lo dramático y lo cómico. No se concibe un artista meramente cómico, casi